

## EL REGRESO DEL SUJETO. MOVIMIENTOS SOCIALES ANTIPANTANO ALTOARAGONESES E IMÁGENES DEL PIRINEO

J. Ángel BERGUA

En las páginas siguientes se propone una reflexión sobre los movimientos sociales anti-pantano del Alto Aragón. Aunque no hayan sido reconocidos aún como parte activa en la negociación del espinoso conflicto del agua, de hecho están interviniendo en él proponiendo argumentos distintos a los considerados oficialmente. Sin embargo, una correcta interpretación de lo que dicen exige la aclaración previa de quienes forman parte de dichos movimientos y qué hacen para que se oiga su voz. Como se verá, la respuesta a estas preguntas necesariamente deberá tener en cuenta la crisis del sistema político, en el que actúan como protagonistas principales los partidos políticos, y las características generales de unos nuevos actores, los movimientos sociales, que irrumpen en la arena política desde finales de los años 60. Después de aclarar quiénes son y que hacen, propondré una interpretación de lo que dicen partiendo de los argumentos expuestos en el Manifiesto por la Dignidad de la Montaña. En dicho manifiesto se percibe el alejamiento de la mirada que ha proyectado la ciudad sobre el Pirineo convirtiendo a aquellas tierras en un objeto de explotación y/o de protección. Frente a esa visión los activistas anti-pantano parecen estar construyendo otra que concibe al Pirineo como un sujeto. Como este es el asunto principal del texto comenzaré precisando el origen y contenido de las dos imágenes mencionadas y el lugar exacto que ocupan en el conflicto del agua.

### 1. IMÁGENES DEL PIRINEO

Como ya he avanzado, dos son los imaginarios sobre el Pirineo que parecen colisionar en este final de milenio. Por un lado, hay un complejo de imágenes que aluden a este territorio recordando e inventando un pasado autónomo que parece querer actualizarse. Por otro lado, hay también un imaginario que ha marcado la historia de ese enclave durante todo el siglo y que parece provenir no de las mentes de los nativos sino de los habitantes de la ciudad.

El imaginario autónomo nos dice que desde el siglo XVI hasta el XVIII el conjunto de valles pirenaicos formaron una confederación de pueblos sin Estado, capital ni gobierno (Gorría Ipás, 1995: 73 y ss.). Este singular sistema sociopolítico estaba basado en un complejo e interrelacionado conjunto de unidades que, en parte, aún funcionan. La más básica era la casa (base social, cultural y económica en esas tierras). Después estaban el pueblo, las sociedades comunales (mediante las cuales las gentes se organizaron para aprovechar mejor los recursos) y el país (término que designa un territorio convivencial distinto al comarcal). Y había, finalmente, relaciones transpirenaicas así como un conjunto de tratados de alianza y de paz que garantizaban la autonomía de las gentes del Pirineo. Los valles eran plenamente conscientes de su soberanía. No sólo explotaban libremente pastos, bosques, aguas y canteras sino que ejercían más libremente que en el llano ciertos derechos. Por ejemplo, no pagaban derechos feudales, el servicio militar estaba acompañado de numerosas garantías y tenían privilegios en el ejercicio de la justicia.

1. La tesis desarrollada por Gorría Ipás no es nueva. Según confiesa él mismo, en realidad fue formulada ya en 1910 por el historiador H. Cavaillès («Une federation pyrénéenne sous l'Ancien Regime. Les Traits de Lies et Passeries, Revue Historique, sept-déc, 1910, tomo 5, pp. 1-34 y 241- 276). No olvido que esta imagen traduce la experiencia de los valles cabeceros del Pirineo y no tanto la de las tierras ubicadas al final de esos valles e incluso más abajo, precisamente donde se ubican los embalses ya hechos o proyectados. No obstante, creo que como punto de partida para recuperar teóricamente el carácter activo y autónomo del Pirineo, despertado políticamente por los activistas anti-pantano, es válida.

2. La autonomía de los valles pirenaicos era respetada por las autoridades. Un buen ejemplo de esto es el Tratado de las Tres Vacas firmado a finales del siglo XIV entre el valle de Baretous, en la vertiente norte, y el de Roncal en la sur (Gorría Ipás, 1995: 77-79). El origen de este tratado viene como consecuencia de los sangrientos enfrentamientos entre pastores de Issor (Baretous) e Isaba (Roncal). Para solucionarlo intervinieron el Vizconde Gaston (de Bearne) y Carlos II (de Navarra). Ante el fracaso de la mediación, las partes en conflicto solicitaron la intervención de «seis hombres buenos de Ansó» (valle aragonés vecino del de Roncal). Lo interesante de este pacto es que los litigantes eligiesen a los ansotanos como árbitros, sin que los franceses vieran en ello ningún riesgo de parcialidad y que las autoridades de Bearn y Navarra aceptaran la mediación.

Aunque en el siglo XVI y XVII los gobiernos francés y español firmaron la Paz de los Pirineos y en el XIX acordaron distintos tratados de límites, las relaciones entre los valles de uno y otro lado de la frontera siempre fueron fluidas. Al menos hasta la Guerra Civil Española. Es cierto que hoy esa autonomía de los valles pirenaicos prácticamente ha desaparecido. Sin embargo, aún la casa, el pueblo y el país son conceptos necesarios para comprender la compleja y singular realidad sociocultural y económica de esa tierra. Por eso, los conflictos ocasionados por la construcción o recrecimiento de embalses y la consiguiente aparición de movimientos sociales de protesta no pueden entenderse sin hacer referencia a esa compleja infraestructura sociocultural que, a pesar de los cambios habidos, sigue aún, en gran medida, al menos de hecho, funcionando.

El imaginario heterónimo se impuso dentro y fuera del Pirineo tras dismantelarse la autonomía de la que disfrutó siglos atrás. De hecho, hoy es en gran medida responsable del aspecto del territorio y del comportamiento de sus gentes. De un modo resumido puede asegurarse que la imagen que hoy se tiene del Pirineo es una invención alumbrada en la segunda mitad del siglo XIX que poco a poco ha ido haciéndose realidad y de la que participa gran parte de la conciencia de los nativos. En esa invención ha habido dos importantes intervenciones. Por un lado, las empresas hidroeléctricas y las sociedades de riegos comenzaron obtener concesiones para el aprovechamiento de los ríos y la construcción de. Por otro lado, también resultó decisiva la llegada de viajeros y excursionistas que comenzaron a dejarse encantar por la belleza de la cordillera y a coronar sus más altas cumbres. Desde entonces prendió en las gentes de fuera e incluso entre las de dentro la idea de un Pirineo lleno de recursos que convenía explotar (canteras, madera, agua, etc.) y de maravillas ante las que extasiarse. Es pues en la segunda mitad del siglo XIX cuando los nativos del Pirineo aragonés comienzan a padecer la manía constructora de pantanos y a sentir una gran incertidumbre por su futuro. Pero es también la época en la que comienza a solicitarse la protección de parajes considerados de gran interés. Ambos gestos de atención al Pirineo no son tan diferentes como aparentan. Ambas miradas vienen proyectadas desde fuera, desde las ciudades. Y a los nativos no les quedará más remedio que adaptarse a esa invención. De hecho la protesta ante la construcción y recrecimiento de embalses se hará sin salir de ese imaginario. Es lo que sucede cuando se lucha contra tales proyectos defendiendo el gran valor paisajístico y ecológico de los territorios afectados. A ese argumento se añadirán otros que hacen referencia al grave impacto que para la infraestructura turística y la supervivencia económica de la zona tendrían semejantes obras.

No es tan arriesgada la hipótesis de que la construcción de embalses y la protección de parajes son dos actitudes complementarias. Basta echar un breve vistazo a la historia de las zonas actualmente afectadas por obras hidráulicas para comprobarlo. Ya el 8 de Abril de 1959 Franco inaugura un embalse, el de Yesa, que inundó 2.400 hectáreas, además de los pueblos de Tiermas, Ruesta y Esco, del que se venía hablando desde el siglo pasado. Para el otro extremo del Pirineo aragonés, el dominado por los ríos Esera y Cinca, las noticias que iban llegando desde la Administración no eran tampoco nada buenas. En 1888 se otorga una concesión de los ríos Esera y Cinca a la Sociedad Canal de Aragón y Cataluña, en 1917 se hará lo mismo con el río Ara y, ya en los años 20, un pueblo de la ribera del Esera, Barasona, será inundado por el pantano Joaquín Costa. Sin embargo, la fiebre de la construcción de pantanos no había hecho más que empezar pues desde mediados de este siglo los proyectos se sucederán a un ritmo más rápido. Ya he mencionado que el embalse de Yesa se inaugura en 1959. Por otro lado, en 1951 se aprueba un plan para los aprovechamientos del río Ara y el río Cinca del que resultará el proyecto, varias veces renovado y hoy anulado, de un embalse que se construiría en Jánovas. La violenta expropiación forzosa de tierras y propiedades se producirá en los años 60 y 70. Casi al mismo tiempo, en el río Cinca, muy cerca y aguas abajo del lugar donde desemboca el Ara, el pueblo de Mediano y las tierras de otros fueron inundadas por otro pantano. También en los años 70, pero en la ribera del Esera, la subcomarca de Campo se sobresaltó con el proyecto de un pantano de 600 hm cúbicos que inundaría Campo, Morillo de Liena, Navarri y Las Colladas. Este proyecto, fuertemente contestado desde el principio, fue sustituido en 1986 por otro, el de Comunet, ubicado más abajo e igualmente rechazado. Fruto de esta segunda contestación en 1992 se aprueba la construcción de un tercero, esta vez en el término municipal de Santaliestra, con una capacidad de 70 hm cúbicos.

Detengámonos un instante para comprobar cómo al interés por la construcción de pantanos ha acompañado otro, sólo aparentemente distinto, que es el de crear parajes protegidos. En 1918 se crea en la cabecera del río Ara (más exactamente de su afluente, el Arazas) el Parque Nacional de Ordesa, el segundo

más antiguo de todo el Estado, después de haber sido caminado y fotografiado por ese pirineísta ilustre que fue el francés Lucien Briet. El territorio objeto de protección será ampliado en 1982 incluyendo más tierras de Sobrarbe (los cañones de Añisclo y Escuaín, además de parte del valle de Pineta). En la misma comarca y justo al lado del embalse proyectado en Jánovas se creará en 1991 el Parque Natural de la Sierra de Guara, auténtico paraíso para los amantes del barranquismo. Pero es que, más al Norte, abarcando tierras de la cuenca del Esera y del Cinca, se creará en 1994 el parque Posets-Maladeta, lugar en el que se encuentran las más altas cumbres y el mayor glaciar del Pirineo.

Volvamos a los proyectos de regulación de los ríos. Aproximadamente en las mismas fechas en que se oficializa el proyecto de construir el pantano de Campo se estudia regular el río Aragón y el Irati de Navarra, el primero en Berdún y el segundo en Lumbier. Sin embargo, la contestación social paralizará ambos proyectos. Como alternativa, en el caso del de Irati, la Administración decidirá construir el hoy tristemente famoso pantano de Itoiz. En cuanto al río Aragón, se barajará inicialmente la posibilidad de construir un embalse en Embún, otra vez contestada, ahora por los habitantes del valle de Echo. Así que será la opción de recrecer el Yesa la que finalmente se consolide. Por último, por lo que respecta al río Gállego, que ya tiene en su curso los embalses de Formigal, Lanuza, Búbal, La Peña y Ardisa, es en 1978 cuando los regantes solicitan un estudio de regulación que fue atendido en 1981 con la propuesta de construcción de un pantano de 192 hm cúbicos que inundaría tierras de Biscarrués Santa Eulalia de Gállego y Morillo de Gállego.

Todos los proyectos mencionados<sup>3</sup> fueron aprobados en las Cortes de Aragón por los partidos políticos entonces representados. El documento consensuado en 1992 se denominó Pacto del Agua y pretendía contrarrestar las intenciones trasvasistas que manejaba el gobierno en su Anteproyecto de Plan Hidrológico Nacional. El Pacto del Agua acordó sumar a los 67 embalses aragoneses de entonces 30 más, lo que permitiría regular 6.500 hectómetros cúbicos al año, prácticamente la total aportación media de los ríos nacidos en Aragón. Entre esos 30 nuevos embalses estaban, de Este a Oeste, los ya mencionados: el de Santaliestra (río Esera), el de Jánovas (río Ara), el de Biscarrués (río Gállego) y el Recrecimiento del embalse de Yesa (río Aragón).

En definitiva, según lo expuesto se puede decir que la política de construcción de embalses emana de un imaginario inventado en la ciudad que toma al Pirineo como un objeto que se debe explotar en unos casos y proteger en otros. Estamos pues ante un imaginario que facilita la construcción de un sistema social heterónomo ya que la montaña depende de las necesidades económicas y simbólicas de la ciudad. Frente a este imaginario que niega al Pirineo la condición de sujeto estamos asistiendo a la invención de otro que la recupera. Es un imaginario que se inspira en épocas pasadas y descubre la autonomía que disfrutó. Lo de menos es que ese pasado sea cierto o actualizable. Más bien debe interesar la voluntad puesta por las gentes para verse de ese modo.

3. Sobre dichos proyectos hay informes críticos editados por la ONG Bakeaz: Jánovas (Gracia, Santos, Guerrero, Arrojo y Martínez Gil, 1998), Biscarrués (Gracia y Fernández Camuñas, 1997), Santaliestra (Arrojo, Gracia y Martínez Gil, 1997) y Yesa (Arrojo, Gracia, Martínez Gil, Nicolau y Solana, 1999).

## 2. QUIÉNES SON Y QUÉ HACEN

Los movimientos sociales que se oponen a los proyectos de regulación o embalse antes mencionados son la Asociación Río Ara (contra el embalse de Jánovas), la Asociación Cultural para la defensa del Esera (contra el pantano de Santaliestra), la Plataforma de afectados por Yesa y la Plataforma en Defensa de los Mallos de Riglos y contra el Pantano de Biscarrués. Algunos de ellos son herederos de movimientos sociales más antiguos. Es el caso de ACUDE, que continua la labor de oposición contra el pantano Manuel Lorenzo Pardo y de la Coordinadora Anti Comunet. Y es también el caso de la Plataforma de afectados por Yesa, que hereda la oposición contra los pantanos de Berdún y de Embún. Todos los movimientos de oposición se forman o consolidan en la década de los 90 y recibirán un respaldo decisivo de la Coordinadora de Afectados por Grandes Embalses y Trasvases (COAGRET), creada en 1995 por sugerencia de Greenpeace y CODA.

Entre la literatura especializada no hay ninguna duda de que los movimientos sociales comienzan a desembarcar en la arena política ante el descrédito que padecen esos actores clásicos que son los partidos políticos. Dos son los indicadores que nos informan de su erosión: las cada vez más bajas tasas de afiliación y el descenso de la participación en los procesos electorales. En relación a esto último los estudios realizados son elocuentes (Del Castillo, 1995). Desde los años 70 hasta la fecha la abstención ha sido en España, por término medio, del 26%. Aunque la cifra parezca elevada aún es la mitad de la que nos encontramos en países como Estados Unidos y Suiza. De todas formas, lo más importante es que esta abstención no está protagonizada por gentes con un déficit de cultura política y marginalmente integrada en la sociedad sino por jóvenes, urbanos, clases medias y gentes instruidas. Es decir que la abstención está instalada en el centro de gravedad del sistema social. Además conviene advertir que la abstención técnica se ha reducido del 50% al 35% y que la crítica ha ascendido del 27% al 30% en los últimos años. Hay pues en esta abstención un alto grado de escepticismo respecto a la política instituida que protagonizan los partidos.

Según nos informan las investigaciones realizadas sobre los movimientos sociales estos nuevos actores extraen sus activistas o de los sectores más críticos respecto al sistema o de aquellos otros a los que no se les permite mucha participación en él (Dalton y Kuechler, 1992: 301-311, 257-261 y 298). En efecto, por edad son principalmente los jóvenes (estudiantes o con alto nivel de estudios), por género destaca la mayor participación de las mujeres y, en relación a la clase social, suelen predominar las nuevas clases medias, que tienen un alto capital cultural, pues trabajan con la información o el conocimiento, y que, a menudo, están vinculados a la Administración. A estos radicales de clase suelen unirse también sectores tradicionalmente considerados apolíticos, tales como amas de casa y parados, además de colectivos muy imprevisibles, como los agricultores, que cuando apoyan al ecologismo lo hacen por motivos más utilitarias que ideológicos. De hecho los norteamericanos los llaman nimbos (no in my back yard →no en mi patio trasero→).

Aunque no hay investigaciones que traten la composición sociodemográfica de los activistas anti-pantano da la impresión de que su perfil se ajusta bastante al encontrado en otros conflictos por los especialistas. Sin embargo, debe añadirse una característica muy importante que será retomada más adelante. Por lo observado en el caso de los conflictos que se han sucedido a lo largo del río Esera desde el año 1976 se puede decir que los activistas son urbano-rurales (Mairal, Bergua y Puyal, 1997). En cierto modo todos los nativos de la montaña altoaragonesa se puede decir que lo son. Sin embargo, estos activistas tienen una condición híbrida más acentuada que refleja los grandes cambios experimentados por la montaña en los últimos tiempos.

4. Para informarse sobre las asociaciones mencionadas véanse:

<http://www.pirineo.com/rio.ara> (Asociación Río Ara),

<http://paisvirtual.com/verde/conservacion/acude>, (Acude),

<http://geocities.yahoo.com/toto?s=76000019> (Plataforma de Afectados por Yesa),

<http://www.geocities.com/RainForest/Jungle/1839> (COAGRET) y

<http://www.geocities.com/RainForest/Jungle/183932.htm> (Plataforma en Defensa de los Mallos de Riglos y contra el Pantano de Biscarrués).

En efecto, muchos de ellos son gentes nacidas y educadas en la ciudad, hay también bastantes nacidos en la montaña pero que se han formado y/o trabajan en la ciudad y hay también un importante contingente de individuos que han nacido y trabajan en la montaña. Por otro lado, estas gentes urbanorurales suelen ganarse todo a gran parte del sustento no tanto con las actividades económicas tradicionales (la agricultura y la ganadería) sino empleándose en otras vinculadas al sector servicios (educación, asistencia social, deportes de aventura, etc.). Estos militantes urbanorurales son el núcleo duro de los movimientos de protesta. Su posición híbrida, además de su decidida voluntad activista, les permite servir de puente entre las realidades urbana y montañesa. En concreto, entre el ideal de una ciudadanía participativa, que interpretan en términos izquierdistas, y la presencia de unos montañeses, una cultura y un entorno natural que suele fascinarles. El resultado de este cruce, como veremos, está siendo la construcción de un discurso que está reinventando, junto con otras voces, el Pirineo.

No sólo es distinta la composición sociodemográfica de los movimientos sociales. También son muy diferentes a los partidos políticos en términos organizativos. La razón de esta originalidad es que los movimientos sociales se han esforzado en luchar contra los nefastos efectos que han tenido los estilos organizativos clásicos. Ya en los años 20 el alemán Michels descubrió la ley, fatal e inexorable, que afecta a los partidos políticos. La denominó «ley de hierro de la oligarquía» y es fácil de describir (Von Beyme, 1995). El hecho de que el contingente de afiliados a los partidos de masas sea tan grande y el que los temas objeto de polémica sean tan complejos han convertido en imprescindible la presencia de individuos que viven exclusivamente por y para la política. Con el tiempo, estos políticos profesionales crearán sus propias zonas de poder e influencia, generarán intereses propios y pasarán a convertirse en piezas clave de la organización. De este modo los partidos se alejarán de los principios ideológicos fundacionales así como de los intereses de los afiliados, y pasarán a depender de ciertos personajes. Además esas élites políticas pasarán a relacionarse con otras económicas, mediáticas, científicas, etc. dando lugar a una oligarquización de la misma sociedad civil. Se deduce de lo anterior la encerrona en la que se encuentran los partidos: aunque es necesaria una potente organización para satisfacer las necesidades del partido, esa misma poderosa organización acabará impidiendo el logro de los objetivos fundacionales. Más en general deberíamos convenir que el principal problema para un sistema democrático son los mismos partidos políticos.

Frente a este problema, la tendencia a la oligarquización, los movimientos sociales han sabido reaccionar construyendo organizaciones más informales y flexibles. En efecto, suelen organizarse en secciones locales que disfrutan de gran autonomía e independencia y que toman sus decisiones asambleariamente quedando el circunstancial líder o portavoz obligado a defender la toma de posición que se decida en cada asamblea. Cada sección está vinculada a otras de su misma o diferente clase de un modo flexible formando así redes sumamente efectivas. Por otro lado, el reclutamiento suele hacerse de un modo informal a partir de dichas redes. En efecto, el 70% de los activistas parece que son reclutados a través de contactos informales de esa clase, un 20% se vincula a los movimientos sociales a través del conocimiento que le proporcionan de ellos los medios de comunicación de masas y sólo un 4% se incorpora a través de campañas organizadas explícitamente para ello (Casquette, 1998: 192).

En el caso de los afectados por grandes embalses es cierto que la lucha está principalmente protagonizada por asociaciones pequeñas que no forman exactamente un movimiento social. Sin embargo, la suma de todas ellas y las relaciones que establecen con otras sí que han permitido crear un potente y complejo movimiento social. En el caso de ACUDE (asociación creada para oponerse al pantano de Santaliestra) su página web nos informa que tiene relación con otra asociación local de tipo cultural como es El Caixigo

5. Algunos de esos cambios son culturales y provienen de la ciudad (como sucede con la importancia adquirida por los valores postmaterialistas, que dan más importancia a la libertad y a la calidad de vida que al orden público y el crecimiento económico). Otros cambios son económicos (pérdida de importancia de la agricultura y la ganadería frente al pujante sector servicios, el incremento de la pluriactividad, las nuevas demandas en materia de calidad y protección ambiental, etc.) y están afectando al mundo rural haciendo más compleja su estructura social y cambiando la composición de las élites (Moyano, 2000: 191-220)

. Por su Parte la asociación Río Ara (que se opone al pantano de Jánovas) ha construido una página en la que exhiben sus vínculos con gran cantidad de organizaciones pero en el que se nombran dos grupos comarcales especialmente relevantes en Sobrarbe: el grupo musical la Ronda de Boltaña y el Centro de Estudios del Sobrarbe.

No hay tanta información de las otras asociaciones en Internet. Sin embargo, en la página de la Coordinadora de Afectados por Grandes Embalses y Trasvases (COAGRET), con la que mantienen vínculos estables todos los movimientos sociales anti-pantano del Alto Aragón, se comprueba que las relaciones con otros colectivos, nacionales e internacionales, son muchas. En efecto, se puede acceder a la información proporcionada por más de 23 movimientos de oposición a embalses y trasvases en todo el Estado. A la vez, se facilita la conexión con distintas organizaciones y asociaciones, nacionales e internacionales. Entre ellas, por citar algunas de las estatales, están el Ligallo de Fablans de L'aragonés, la Asociación Española de Mejora del Salmónido, Asociaciones de Vecinos (principalmente de Zaragoza), el partido político Chunta Aragonesista, Espacio Alternativo, la Fundación Ecología y Desarrollo, la Sociedad Española de Ornitología, CCOO, CGT, IU, etc. Entre las internacionales hay que citar la International River Network, la World Commission on Dams o la International Water Resources Association, todas ellas directa o indirectamente relacionadas con el Banco Mundial o la ONU.

Además de crear estilos de organización distintos, los movimientos sociales han inventado formas de acción y presión política diferentes de las clásicas. Esto lo han hecho para luchar contra otra de las contradicciones que socava la legitimidad de los partidos políticos. Esta vez se trata de la creciente falta de credibilidad que aqueja tanto a los partidos y sindicatos como al sistema de elecciones que organiza su concurrencia. El problema no es sólo que los políticos engañen sino el singular vínculo o contrato que se establece entre ellos y los votantes con cada proceso electoral. En el mercado político, con ocasión de la celebración de elecciones, tiene lugar un intercambio desigual entre los partidos políticos, ofertantes de programas, y los ciudadanos, ofertantes de votos. Y es que, mientras éstos dan a aquéllos algo bien real con cada voto, una cuota efectiva de poder, los otros dan a éstos algo virtual, la promesa de hacer algo con el poder obtenido. De ahí que la política instituida por los partidos políticos sea la administración de un futuro siempre diferido y que la actitud inducida en la ciudadanía sea siempre la de la espera.

Los movimientos sociales, ante el engaño y/o la desesperante pasividad de los partidos políticos, vienen practicando estilos de acción que se proponen acabar con la gestión de la promesa o del futuro (Dalton y Kuechler, 1992: 280). Lo hacen de dos modos. Por un lado, dando más importancia a las vías extraparlamentarias o extrajudiciales. Esto no quiere decir que se desprecien las posibilidades que ofrece el orden instituido para actuar recurriendo decisiones, demorando plazos o buscando la colaboración de partidos políticos. Significa más bien que, además de ese camino institucional, se busca presionar de otro modo. Por ejemplo, a través de acciones espectaculares se intenta influir en la opinión pública para que las autoridades hagan más caso. Además, esta clase de acciones presentan la ventaja de que no requieren la movilización de grandes masas, algo sólo al alcance de los grandes partidos y sindicatos, pues basta con un grupo reducido de activistas para lograr impactar en la opinión pública. Otro modo de actuar, más contundente, que ensayan los movimientos sociales es la acción directa y la desobediencia civil<sup>6</sup>. En este caso se rompe el esquema de la espera o promesa y se pasa a hacer o a tomar ya, en el presente, lo deseado. De este modo los activistas se convierten en sujetos que escriben su propia historia.

6. No ha habido en el Alto Aragón acciones de esta clase. Sin embargo, entre los afectados por el pantano de Itoiz (Navarra), en un momento de máxima de tensión, cuando una sentencia de la Audiencia Nacional, fechada el 29 de Septiembre de 1995, declaró ilegales las obras pero éstas continuaron, el Colectivo Solidarios con Itoiz, nacido un año antes y ya con unas cuantas acciones hechas pero escasamente divulgadas, decidió el 6 de Abril de 1996 cortar los cables con los que se trabajaba el hormigonado de la presa. Aunque Greenpeace condenó la acción y la prensa aprovechó tan magnífica ocasión para criminalizar y hacer caer dentro de la etiqueta de terroristas a todos los que se oponían al pantano, la Coordinadora entendió la acción pues removió concinias algo adormecidas. Esta es su valoración actual: «Sólo el tiempo transcurrido, que siempre tiene la virtud de dejar las cosas en su sitio, la continuación de la labor de la Coordinadora en todos los frentes y una interesante publicación -Itoiz, del deber de la desobediencia civil al ecosabotaje, 1996, de Antonio Casado da Rocha y José Antonio Pérez- han ayudado a entender que con dicha acción se han ganado varios meses de ralentización de las obras en general y de la paralización total de las obras de la presa» (Beaumont, M. J. y J. L. Arrojo, P. y Bernal, E. 1997: 169).

En el caso concreto de los movimientos sociales altoaragoneses las protestas y acciones emprendidas han sido, en gran medida, las clásicas. Por un lado, se ha planteado una batalla legal contra las sucesivas decisiones de la Administración aunque no siempre con mucho éxito. Así, aprovechando la obligatoriedad de realizar evaluaciones de impacto medioambiental para cualquier obra pública, se ha subrayado la afección paisajística y biológica de los embalses<sup>7</sup>. Es por eso que la Asociación Río Ara está intentando que el enclave de Jánovas sea incluido como Lugar de Interés Comunitario (LIC) en la Directiva de Hábitats 2000 de la Unión Europea. Y es por ese mismo motivo que los afectados por el pantano de Biscarrués solicitan la protección de los Mallos de Riglos argumentando que habitan en la zona especies protegidas. También los afectados por el recrecimiento del Yesa han emprendido acciones judiciales de carácter defensivo. En este caso recordando que el nuevo embalse inundaría parte del Camino de Santiago y, con él, una importante cantidad de patrimonio artístico.

Por otro lado, las acciones de resistencia han sido también las extrainstitucionales buscando influir en la opinión pública. Así, el 1 de Mayo de 1999 se celebró en el pueblo altoaragonés de Boltaña un multitudinario acto en el que se presentó el manifiesto «Por la dignidad de la montaña». Poco después, el 6 de Junio, 11.000 manifestantes recorrían Zaragoza, plantaban una «carrasca» (encina) en la emblemática Aljafería y leían de nuevo el manifiesto. Esos actos ponían fin a una cadena de ayunos que durante 20 días protagonizaron afectados y simpatizantes en distintas partes de Aragón. Más tarde, el 12 de Diciembre, para responder a los avances en la tramitación de los proyectos de recrecimiento del Yesa y del embalse de Santa Liestra, varios miles de personas de la montaña se manifestaron en las calles de Huesca. Ya este año (el 2000) varios representantes de las asociaciones anti pantano se encadenaron hasta el 22 de Marzo (Día Mundial del Agua) y durante casi un mes frente al Ministerio de Medio Ambiente en Madrid. Por último, no conviene olvidarse de un acto histórico. El 25 de Octubre, dos semanas después de la gran Manifestación anti-trasvase que reunió en Zaragoza a 400.000 personas, se convocó un paro del Pirineo y concentraciones en Jaca, Sabiñánigo, Ainsa, Graus y otros pueblos que fueron masivamente seguidas por aproximadamente 15.000 personas.

## QUÉ DICEN

La protesta de los movimientos sociales contemporáneos es, en el fondo, más cultural que otra cosa y apunta directamente hacia ciertas ideas fundacionales de la modernidad como son el desarrollismo, la institucionalización de la violencia, la consideración de la razón como el bien supremo, etc. Es cierto que al desconfiar de tantos y tan arraigados arbitrarios culturales suelen caer en un humanismo pesimista, a menudo contrautópico. Sin embargo, también hay ideologías alternativas capaces de redimensionar positivamente el malestar con el mundo actual. Giddens (1993: 64 y 160) entiende que son cuatro los pilares modernos afectados por la aparición de los nuevos movimientos sociales. El primero es el sistema de vigilancia y disciplina, que puede desembocar en el totalitarismo y encuentra resistencia en los movimientos en favor de las libertades. El segundo es el capitalismo, basado en un mercado que garantiza el intercambio desigual y amenaza con un incremento de la pobreza, contra el que reaccionan movimientos de obreros, campesinos y, en general, de desposeídos. En tercer lugar, tenemos un industrialismo que se vuelca sobre la transformación de la naturaleza y amenaza con la creación de desastres ecológicos contra el que luchan los movimientos ecologistas. Finalmente, hay también un militarismo que amenaza con la creación de guerras, locales pero de alto poder destructivo, contra el que luchan los movimientos pacifistas.

7. También se contempla que las Declaraciones de Impacto Medioambiental valoren el impacto social. Sin embargo, éste ha sido considerado muy subsidiariamente. En los 7 informes que se emitieron desde 1988 hasta Agosto de 1992 «las alegaciones relativas a los prejuicios socioeconómicos no se tienen en cuenta o no se contestan debidamente». Por otro lado, «para aquellos embalses que conllevan inundación de pueblos y tierras de cultivo o pastos no se especifica el modo como se va a resolver dicha situación, dando por sentado que un traslado a otro pueblo de la comarca es suficiente». Además, «no se plantean medidas compensatorias o complementarias para actividades económicas de los pueblos directamente perjudicados, a excepción de un caso». «Los aspectos que más se tienen en cuenta son la reposición de caminos y patrimonio histórico, o restos arqueológicos» (Pardo, 1994: 151).

Aunque es interesante la descripción de frentes de lucha abiertos por los nuevos movimientos sociales que ofrece Giddens no resulta muy útil para interpretar el conflicto de fondo que enfrenta a las zonas amenazadas por la construcción y recrecimiento de embalses con el Estado. Para comprender ese conflicto es necesario dar más importancia a las variables culturales. Y en este sentido resultan más interesantes las aportaciones de Touraine y Melucci (Casquette, 1998: 122 y ss.). En general, puede partirse del hecho de que en cualquier sociedad hay siempre un movimiento uniformizador de ideas y creencias que borra las diferencias y singularidades. No obstante, suelen ocurrir conflictos, sobre todo en el actual marco de la postindustrialidad, en el que se producen o liberan estilos de vida y de sociabilidad distintos, que quiebran el régimen de ficciones culturales impuestos y que permiten la aparición de otros modos de valoración. En tales casos los activadores de la protesta se convierten en «analizadores» que permiten asomar modos de evaluar distintos a los instituidos y que pueden divulgarse entre la sociedad. Pues bien, las nuevas visiones del mundo emergidas con cada crisis pasarán a formar parte en mayor o menor medida del orden cultural hegemónico.

Hilemos más fino siguiendo a Melucci (1996). Según su «teoría de la acción colectiva» los movimientos sociales no son exactamente el producto de un conflicto pues también contribuyen a agravarlo llevándolo más allá de los límites del sistema y provocando la ruptura de las reglas del juego así como la deslegitimación del poder. En este contexto de crisis emergerán contenidos simbólicos que cuestionarán las culturas fundacionales de la sociedad. Habrá también, a medida que el conflicto se crispe, una negociabilidad decreciente de los objetivos, una reversibilidad o vuelta a la situación original cada vez menos probable y una previsibilidad de los contenidos de la protesta también descendente. Todo ello porque, a medida que avance el conflicto los protagonistas irán tomando conciencia de que lo que les enfrenta al poder instituido es un punto de vista diferente. No obstante, el problema principal que padecerán los movimientos sociales es que lo nuevo que quieran decir será argumentado con el mismo o parecido lenguaje del sistema contra el que quieran luchar. Es por esto que podrán acabar enredados entre el sistema de ideas, creencias y referencias enemigas. Esta observación creo que resume bastante bien lo que ha ocurrido y está ocurriendo con las protestas de los afectados por los embalses en el Alto Aragón. Pero profundicemos algo más en este punto.

No hace mucho escribía Giddens (1999: 86-87) en un polémico libro que «si hay una crisis de la democracia liberal, no es, como hace medio siglo, porque estuviera amenazada por rivales hostiles, sino, al contrario, porque no tiene rivales». Y añadía: «la crisis de la democracia viene de no ser suficientemente democrática». En mi opinión creo que debería radicalizarse la observación de Giddens y afirmar que, en verdad, aunque lo creyéramos, nunca hemos sido modernos con nuestro modo democrático de hacer política. Probablemente debido a que la lógica de la imposición y de la violencia, tan aludida por los clásicos desde Maquiavelo, siempre fue más importante que la de la libertad, tal como prefirieron sugerir los modernos. Ahora bien, para comprender el déficit de democracia que padecemos hay que entender la violencia no sólo en términos físicos sino también, y sobre todo, en términos simbólicos. En efecto, los dominantes lo son no sólo porque puedan hacer que los mandados obedezcan sino porque siempre han impuesto a éstos bastante parte de su visión del mundo. Ya Weber (1992: 699) definió la relación de dominio como «un estado de cosas por el cual una voluntad manifiesta (o mandato) del dominador o de los dominantes influye sobre los actos del dominado o de los dominados, de tal suerte que en un grado socialmente relevante estos actos tienen lugar como si los dominados hubieran adoptado por sí mismos y como máxima de su obra el contenido del mandato (u obediencia)». Del mismo modo, Castoriadis (1990: 94-95) ha llegado a asegurar que «el mayor poder concebible es el de performar a alguien de modo que, por sí mismo, haga lo que se quería que hiciese, sin necesidad de poder explícito». De modo que la lógica de esa política tan escasamente democrática que denuncia Giddens no consiste sólo en que unos hayan vencido a otros usando la violencia física, sino en que los hayan con-vencido aplicando una violencia simbólica.

De ahí que Melucci (1996: 219-220) sugiera «la creación de las condiciones por las cuales se permita a los actores sociales reconocerse y ser reconocidos por lo que son o quieren ser».

8. La aceptación de este hecho debiera permitir añadir dos libertades más al catálogo de las ya existentes. Primero, la libertad de «no pertenecer», en tanto que derecho para crear un nuevo espacio de sociabilidad. Y segundo, la libertad de «no ser representado», en tanto que derecho para modificar las condiciones de representación dada.



Pues bien, lo que parecen intentar los movimientos sociales es precisamente eso. Más exactamente, manifiestan la presencia y punto de vista de colectivos que, en situaciones de cambio, conflicto o crisis, no se sienten cómodos con el sistema de valores, símbolos, ideas y creencias instituidos. Como consecuencia de ese descrédito han pasado a construirse a sí mismos inventando descripciones del mundo distintas a las instituidas. Sin embargo, este esfuerzo no ha logrado tener siempre éxito porque, como ya ha sido dicho, lo nuevo que se quisiera argumentar se ha solido expresar con el mismo lenguaje, los mismos conceptos y las mismas creencias alumbrados por el sistema contra el que se pretendía luchar. Así que lo que se ha pretendido decir no siempre se ha correspondido con lo que efectivamente se ha dicho. ¿Cuál es la razón?: pues que es muy difícil liberarse de las sujeciones y hábitos que inducen las violencias simbólicas.

Las observaciones anteriores pueden aplicarse perfectamente al conflicto del agua según lo padecen los territorios afectados por la construcción y recrecimiento de embalses. Si se echa un vistazo a los argumentos esgrimidos para criticar los cuatro proyectos hidráulicos del Alto Aragón es posible distinguir dos series de ellos. Hay, en primer lugar, una batería de argumentos que critican los proyectos en términos técnicos. En concreto, proyectarán su sospecha sobre la definición de las necesidades de agua, cuestionarán técnicamente las obras de ingeniería, criticarán el coste económico y descubrirán intereses económicos ocultos. En segundo lugar, una vez deconstruido el discurso oficial en su vertiente economicista, pasarán a explotar el impacto medioambiental y paisajístico de las obras. Esta segunda estrategia argumental ya no servirá sólo para dismantelar la posición discursiva del enemigo, como sucede con la primera, sino para afirmar la voluntad de vivir del propio territorio. Además serán incorporados argumentos que hacen referencia al turismo, a los deportes de aventura, etc. En definitiva, con la primera clase de argumentos pretenden borrar la imagen de un Pirineo lleno de recursos que conviene explotar, mientras que con la segunda sugieren redefinirlo como un lugar biológica (e incluso antropológicamente) exótico. Dicho de otro modo, si con una mano rechazan actitudes predatoras, con la segunda reclaman otras proteccionistas. Pero, en realidad, con este doble movimiento argumental no se sale de la doble imagen que se ha inventado en la ciudad para el Pirineo. Como ya ha sido advertido más arriba la idea de un Pirineo rebosante de recursos que explotar y de paisajes que proteger surge ya a finales del siglo pasado y ha marcado desde entonces la historia de las casas, pueblos y valles del Pirineo. De modo que rechazando ser objeto de explotación y solicitando ser objeto de protección no se alcanza en absoluto la posición de sujeto.

#### **4. POR LA DIGNIDAD DE LA MONTAÑA**

Además de las dos series argumentales mencionadas hay otra que, como la segunda, también es utilizada por los afectados para afirmarse a sí mismos. Sin embargo, en este caso lo harán desbordando el imaginario urbano que concibe al Pirineo como un objeto. Se trata de argumentos que no hablan sólo en términos económicos o biológicos ni apelan al turismo o a la protección de parajes como tabla de salvación. En lugar de eso ofrecen un diagnóstico del conflicto que parte, aunque no se diga exactamente así, del enfrentamiento ciudad/montaña y que sugieren la invención y construcción de otra clase de Pirineo.

En el Manifiesto por la Dignidad de la Montaña, presentado el 1 Enero de 1999 por la Asociación Río Ara y respaldada por el resto de grupos anti-pantano, COAGRET, la Asociación de Entidades Locales del Pirineo Aragonés (ADELPA) y un centenar de asociaciones, esta línea argumental está en gran medida esbozada. Se reconoce, por ejemplo, que el Pirineo es considerado como un objeto cuando se afirma que «durante todo el siglo, en temas relacionados con el agua, la Montaña ha sido puesta al servicio de un interés general que, en muchas ocasiones, no ha resultado tal». Tras ese «interés general», aunque no se diga expresamente, puesto que se habla constantemente en términos victimistas del ámbito rural (en el que se incluye la Montaña), se supone que debe esconderse la Ciudad. De modo que es el par Ciudad/Montaña el que garantiza latentemente la mayor parte de la coherencia interna del Manifiesto. No se acusa entonces al llano regante, del que se dice que es constantemente engañado y presionado, pues también forma parte del ecosistema de la ciudad, sino al hábitat que, en general, parece oponerse a lo rural, sea llano o montañoso. Subraya también el texto algo ya mencionado más arriba, la paradójica convergencia de la sobreexplotación y de la sobreprotección del Pirineo, con un contundente ejemplo: «En el Ara, el mayor río salvaje de la cordillera puede encontrarse en menos de diez kilómetros el mayor grado posible de

protección ambiental de la Comunidad Autónoma, el Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido, Patrimonio de la Humanidad, y uno de los menores grados de protección posible: el destrozado humano, paisajístico y ecológico de Jánovas y su entorno, esta vez patrimonio de una empresa hidroeléctrica. El todo y la nada juntos».

Finalmente, después de los lamentos se pasa a afirmar globalmente la necesaria revitalización de la montaña: «es hora de posibilitar el desarrollo sostenible de la Montaña, de ir subsanando esa deuda con la historia. Y no sólo con el agua...». No se dice cómo facilitar ese desarrollo que necesita la montaña y que va más allá de los problemas con los pantanos, pero se deduce que debe partir de sus habitantes y de su vínculo con el entorno, pues «montañés y montaña son dos caras de una misma moneda», forman un mismo sistema autónomo, que se hace a sí mismo. También se dice algo muy importante pero confuso: «la montaña debe recuperar el futuro, no un pasado imposible». Obsérvese cómo se mezclan dos argumentos contradictorios, lógicamente incompatibles. Por un lado, nos encontramos con un verbo, «recuperar» (provocar un reencuentro con algo que se perdió), cuyo sentido es invalidado cuando se dice que no debe volverse a «un pasado imposible». Y por otro lado se menciona como objeto de la recuperación «el futuro». La confusa redacción de la frase quizás se deba a que no se sabe muy bien cómo decir que no se quiere regresar a un pasado, convertido por románticos y folkloristas en una especie de edad de oro mitificada, sino provocar el regreso o retorno de un pasado en el que la montaña fue autónoma, dueña de su destino (de su «futuro»). En el Manifiesto no se llega a formular esto explícitamente pero, del mismo modo que sucede con el par Ciudad/Montaña, la imagen de un Pirineo autónomo parece rondar por la mente de los autores del texto. Además, no es un gesto aislado. En la misma comarca de Sobrarbe la Ronda de Boltaña lleva unos años impulsando la reinención de su país con canciones que hablan de despertar a los antiguos guerreros y santos. Por eso la Ronda ha sido reclamada con frecuencia por los activistas anti-pantano y el himno del «El país perdido » (además, por supuesto, de la «Habanera triste») ha sido muy coreado y festejado. Por otro lado, también hay que mencionar a Bienvenido Mascaray en Ribagorza y el Doctor Pla en Sobrarbe pues hace tiempo que se esfuerzan en el estudio de sus respectivas toponimias ofreciendo interpretaciones curiosas e imaginativas acerca de los orígenes. Tanto la Asociación Río Ara como la Ronda de Boltaña y los mencionados filólogos parecen estar permitiendo que el Pirineo deje de ser objeto y se convierta en sujeto.

Los impulsores de esta reinención merecen algún crédito. Es cierto que por profesión o condición no son montañeses, si es que queda algún ejemplar puro de esa especie por aquellas tierras. Pero tampoco son urbanos ni han tomado la montaña altoaragonesa como objeto de delirio que calme sus frustraciones y anhelos ciudadanos, como a menudo ha sucedido con cierto ecologismo, también con algún nacionalismo e incluso con algún científico social. Estas élites están en una posición híbrida, urbano-rural. Por su condición de urbanos pueden hacer el esfuerzo de traducir las experiencias y vivencias montañesas a un plano abstracto (político, artístico o científico) que las redimensione y dé cierta visibilidad.

9. El caso de Bienvenido Mascaray es especialmente significativo pues fue uno de los más comprometidos activistas que se opusieron al pantano de Campo. Ya por esa época comenzó a analizar la toponimia de Ribagorza en la revista local El Pedrizo. Este año ha publicado un libro que compila sus trabajos. Lo más interesante del mismo es la justificación del método utilizado pues huye de los «florones toponímicos» que suelen realizar los científicos al uso y se deja guiar por su conocimiento profundo de la lengua ribagorzana y del medio físico y natural (Mascaray, 2000: 11-33). Quiere esto decir que su investigación bebe directamente de su experiencia de la tierra ribagorzana y no de la erudición académica. Aunque distintas en cuanto a resultados, las investigaciones del otro etimólogo aficionado, Antonio Plá Cid, se sirven también de un método que se deja guiar principalmente por el profundo conocimiento de la zona (véase, por ejemplo, Plá Cid, 98: 157-204).

Por su condición de montañeses pueden ser capaces de verificar sus abstracciones comprobándolas a diario junto a gentes que no teorizan sobre su hábitat sino que directamente lo viven<sup>10</sup>.

Es todavía pronto para saber qué sucederá con esta reinención del Pirineo que está echando a andar. Por lo que respecta al conflicto del agua servirá para hacer más compleja la discusión. En efecto, ya no estamos ante un problema que enfrenta a economicistas y ecologistas acerca del tipo de relación que debe tener lo social con lo natural. Tampoco estamos sólo ante una disputa entre Aragón y el Estado acerca del nivel de soberanía que tiene cada cuál y de cómo debe interpretarse el principio de solidaridad territorial. Estamos también ante una discusión sobre los derechos culturales y sociales de una zona, el Pirineo, que parece querer negarse a ser tratada como objeto. Si en los dos primeros frentes la polémica es evidente que va más allá del tema del agua en el tercero es probable que percibamos también algo parecido dentro de un tiempo.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARROJO, P., GRACIA, J. J. y MARTÍNEZ GIL, F. J. (1997): Embalse de Santaliestra: un impacto social y medioambiental para Aragón. Bilbao: Bakeaz.
- ARROJO, P., GRACIA, J. J., MARTÍNEZ GIL, F. J., NICOLAU, J. M. y SOLANA, M. (1999): Recrecimiento de Yesa: el abastecimiento a Zaragoza como excusa para los trasvases. Bilbao: Bakeaz.
- BEAUMONT, M. J. y J. L., ARROJO, P. y BERNAL, E. (1997): El embalse de Itoiz, la razón o el poder. Bilbao: Bakeaz, Coagret.
- CASQUETTE, J. (1998): Política, cultura y movimientos sociales. Bilbao: Bakeaz.
- CASTRORIADIS, C. (1990)» Poder, política, autonomía», Archipiélago, 4. DALTON y KUECHLER (comp.) (1992): Los nuevos movimientos sociales, Valencia: Alfons el Magnanim.
- DEL CASTILLO, P. (ed.) (1995): Comportamiento político y electoral. Madrid: CIS.
- FRASER, N. (2000): «¿De la redistribución al reconocimiento?», *New Left Review*, 0, pp. 126-155.
- GIDDENS, A. (1993): Consecuencias de la modernidad. Madrid: Alianza. (1999): La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia. Madrid: Taurus.
- GORRÍA IPÁS, A. J. (1995): El Pirineo como espacio frontera. Zaragoza: Gobierno de Aragón, Departamento de Presidencia y Relaciones Institucionales.
- GRACIA, J. J., SANTOS, J., GUERRERO, J., ARROJO, P., y MARTÍNEZ GIL, F. J. (1998): Embalse de Jánovas: la lucha por la dignidad a los pies de Ordesa. Bilbao: Bakeaz
- GRACIA, J. J. y FERNÁNDEZ CAMUÑAS, J. (1997): Realidades en torno al embalse de Biscarrués-Mallos de Riglos. Bilbao: Bakeaz
- IBÁÑEZ, J. (1991): «Comunicaciones entre los pueblos y la ciudad», *Política y Sociedad*, nº 8,.
- MAIRAL, G., BERGUA, J. A. y PUYAL, E. (1997): Agua, tierra, riesgo y supervivencia. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- MASCARAY, B. (2000): El misterio de la Ribagorza. Huesca: Gráficas Alós
- MELUCCI, A. (1996): *Challenging Codes. Collective Action in the Information Age*. Cambridge: Cambridge University Press.

10. Bienvenido Mascaray trabaja como abogado en Navarra pero visita a menudo Campo y Antonio Plá Cid es un médico jubilado que ejerció en Barcelona y reside actualmente en Boltaña. En cuanto a los componentes de la Ronda de Boltaña, todos ellos, de un modo u otro, ocupan también una posición híbrida.

MOYANO, E. (2000): “procesos de cambio en la sociedad rural española. Pluralidad de intereses en una nueva estructura de oportunidades”, Papers, 61, pp. 191-220

PARDO, M. (1994): «El impacto social en las evaluaciones de impacto medioambiental. Su conceptualización y práctica», Revista Española de Investigaciones sociológicas, nº 66, pp. 141-167.

PLÁ CID, A. (1998): «Mediano y La Fueva. Un posible «fundus» romano. Otras consideraciones. Sobrarbe, 4, pp. 157-204.

VON BEYME, K. (1995): La clase política en el Estado de partidos, Madrid: Alianza.

WEBER, M. (1992): Economía y sociedad. Madrid: FCE.